hacer, conforme a los negocios que se ofrecían por entonces. Lo primero fue que eligieron por su rey y señor un hermano menor de Motecuhzuma, llamado Cuitlahuatzin y otros cuatro senadores, que siempre estaban al lado del rey en todos los negocios. Después de esto, los sátrapas y sacerdotes hablaron al rey y su senado, diciéndoles con grande aparato de retórica, lo que solían en semejantes ocasiones y que en ésta lo primero que convenía hacer era dar gracias y hacer ofrendas a sus dioses, por tan grandes beneficios como de ellos habían recibido en todo el discurso y tiempo de la guerra. El rey con sus senadores se persuadieron luego a que aquello era lo que convenía; y así luego todos se dispusieron a hacer grandes fiestas a sus dioses y reedificar y limpiar todos sus templos y adornarlos ricamente con todos sus ornamentos y atavíos y a hacer sacrificios y ofrendas y a loarlos con muchos y nuevos cantares.

Estando los indios en estas ocupaciones, en el principio del año de mil quinientos y veinte, comenzó la pestilencia de las viruelas, sarampión y vejigas, tan fuertemente, que murió gran suma y cantidad de gente en toda esta Nueva España. Esta pestilencia comenzó en la provincia de Chalco y duró sesenta días. De esta enfermedad fueron muertos entre los mexicanos, el rey Cuitlahuatzin, que poco antes habían elegido, el cual no reinó más de cuarenta días y murieron otros muchos principales y otros soldados viejos y valientes hombres, en quienes ellos tenían muro y amparo para en hecho de la guerra, que fue esta pestilencia un mal agüero para estas gentes y buen anuncio para los nuestros, que con ella murió la mayor parte de los indios.

CAPÍTULO LXXV. *Que la mayor parte de los castellanos requirieron a Fernando Cortés que se fuese a la costa de la mar; y la embajada de los mexicanos a los tlaxcaltecas; y diferencias que hubo entre Maxixcatzin y Xicotencatl el Mozo acerca del favor de los españoles*

ALLÓ CORTÉS, CUANDO LLEGÓ A TLAXCALLA, al capitán Juan Pérez, que había dejado allí con ochenta castellanos y holgó de saber que le hubiesen tratado bien; certificóle que era su verdadero amigo Maxixcatzin y que Xicotencatl el Mozo le quería mal; y cuando supo que Maxixcatzin había ofrecido a Juan Pérez cien mil hombres, para que con los ochenta castellanos fuesen a socorrer a Cortés, considerando el ayuda que le hubiera dado aquel socorro, aunque Juan Pérez se excusaba, con que había guardado la orden que se le dio y que la esperaba y que le conocía por severo capitán. Le trató mal y afrentó de palabra, llamándole cobarde, indigno del grado de capitán y que merecía que le ahorcase, porque los capitanes de valor, en semejantes peligros, no han de atenerse a la cartilla de la or-

den, sino acudir a la mayor necesidad. Luego que llegó a la ciudad vinieron a él todas las mujeres tlaxcaltecas, enlutadas y llorosas y hablando con los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes, que habían ido con ellos y quedaban acá todos muertos. No es de creer sino que este llanto renovó las penas de Cortés y le causó muy grande sentimiento en su afligido corazón y en el de todos los españoles que con él habían escapado. Procuró lo mejor que pudo consolarlas, por lengua de sus intérpretes y las envió a sus casas. Era Ojeda quien más amistad tenía con los tlaxcaltecas y el que proveía de las aldeas de comida. Decíanle algunos, ¿a qué venistes, a comernos nuestra hacienda? Anda, que volvistes destrozados de Mexico, echados como viles mujeres, y otras cosas a este propósito. Respondíales buenas razones, con que los acallaba. Sintiólo mucho Cortés, aunque lo disimuló cuanto pudo; y porque entendió que era autor de ello Xicotencatl el Mozo, dio parte a Maxixcatzin que decía, que mientras él viviese nadie se le atrevería y con todo eso vivía con recato; pasmósele a Cortés la cabeza de la herida, diole gran calentura, estuvo muy peligroso, pero quiso Dios que con la buena cura que se le hizo, sanó.

Entre tanto que duró su enfermedad, como aquellos pocos castellanos habían padecido tanto y oían algunas cosas a los indios, como las que había referido Ojeda, murmuraban con deseo de volverse a la costa de la mar y decían que las trazas que daba Cortés para volver a Mexico era para acabarlos y engordarlos, para ser sacrificados y comidos, como los indios lo trataban; y habiendo pocos contra esta opinión, la mayor parte con un escribano le hicieron un requerimiento para que se fuese a la Vera Cruz, excusando los peligros que se le aparejaban, protestando los daños que podían suceder. Respondió Cortés con mucha gravedad y blandura. Primero alabó sus hechos; trájoles a la memoria las victorias que habían tenido y el antiguo valor de la nación castellana; reprehendió su poco ánimo, porque hallándose en estado, que ya el mundo estaba lleno de sus hazañas, se retirasen de que les había de resultar gran vergüenza. Ofrecióles grandes riquezas, buena dicha y prosperidad; aseguróles del temor que tenían de los tlaxcaltecas; dijo que quería probar su amistad con hacer guerra a los de Tepeacac, que los días pasados habían muerto muchos castellanos. Acordóles que en cuanto les había dicho le hallaron verdadero y que había cumplido cuanto les prometió y que no sucediendo bien lo de Tepeacac, les ofrecía de buscar ocasión como con reputación se retirasen a la Vera Cruz; con lo cual se sogaron por entonces, aunque sobre el punto de fiarse de los de Tlaxcalla tuvo diversas pláticas y consejos con los capitanes más principales; porque unos afirmaban que no se podían asegurar de ellos y que si llevaban pocos la guerra no se podría hacer; y si mucho número, iban en peligro. Otros decían que era notoria la enemistad de aquellas naciones y los provechos que los tlaxcaltecas sacaban de la guerra contra los culhuas, por lo cual no había que dudar de su fe; y habiéndolo bien considerado Fernando Cortés y hecho algunas averiguaciones sobre esto, se atuvo a este consejo, con el cual le pareció que su buena fortuna no le

había de desamparar en esta tan importante empresa y que en todo le había de favorecer.

Los mexicanos, hechos los sacrificios dichos y dadas gracias a sus dioses, por haberles librado de los huéspedes y reparada la ciudad, sabiendo cuán bien recibidos habían sido los castellanos en Tlaxcalla, determinaron de enviar seis principales embajadores a los tlaxcaltecas con un presente de mantas, pluma y sal, que eran las cosas de que más carecían; y avisando como iban los salieron a recibir, como en tal caso usaban y estando junta la señoría para oírlos ofrecieron el presente y hablando el más antiguo, dijeron que ya sabían las guerras antiguas que había entre ellos y que siendo parientes de una misma lengua y ley era bien que se pusiese fin en ellas y que gozasen de las cosas que abundaban en el imperio mexicano y ellos carecían, aliende otros bienes que se les aparejaban con la paz y que para que aquello tuviese efecto, convenía que sacrificasen aquellos pocos cristianos con los cuales sus dioses, por muchas causas, estaban enojados y que los mismos insultos harían con ellos si no miraban por sí y que satisfaciesen a los dioses y se confederasen con los mexicanos y verían el bien que de ello resultaría. Recibiéronle los presentes y dijeron, que mirarían en ello. Salidos los embajadores, se platicó en el negocio; comenzaron a platicar el caso y unos decían que los españoles habían perdido la empresa que habían tomado a su cargo y que la mayor parte de la gente tlaxcalteca, que con ellos había ido, había sido muerta y todos despojados y perdidos. Comenzaron a hablar en este negocio todos los principales y señores, con profundo acuerdo; y como los pareceres eran discordes, tomó la mano Xicotencatl el Mozo, hijo de Xicotencatl el Viejo y con él otros muchos, los cuales persuadían la confederación, afirmando ser mejor conservarse en sus antiguas costumbres con los de su nación, que aprender las nuevas de gente extranjera, indómita, que quiere en todo mandar, y que agora era fácil remediar este daño, estando, como estaban, tan caídos y destrozados. Pero Maxixcatzin, señor de la cabecera de Ocotelolco, defendiendo a los castellanos, aconsejaba su amistad, persuadía la fe y honra que se debía a los huéspedes, teniendo por caso feo y aleve hacer mal a gente tan necesitada y con quien habían profesado tan solemne amistad, y ensalzaba su valor y mediante él prometía las mismas comodidades que ofrecían los mexicanos y sobre todo, decía: que no se debía perder el amistad de los castellanos, pues que mediante ella podían estar seguros que dilatarían el imperio de aquella república, de lo cual no podían asegurarse de los mexicanos, cuya ambición y perfidia estaba bien conocida; demás de que echados los castellanos, no había que dudar, de que serían mayores enemigos suyos que antes, siquiera por haberlos recibido en Tlaxcalla. Porfiaba Xicotencatl en que se admitiesen los mexicanos, alegando que los castellanos eran malos; y contradiciéndose los unos a los otros, llegaron a tanto que Maxixcatzin dio a Xicotencatl un empujón, por refrenar su arrogancia, con que le echó por unas gradas abajo, diciéndole que era malo y traidor a su patria. Y sin tener los mexicanos otra respuesta se volvieron, con relación de lo que pasaba. Metiéronse de por medio algunos de los señores y apaciguáronlos

y hiciéronlos amigos y solapáronlo, porque los castellanos no entendiesen el negocio sobre que se litigaba; pero por más secreto que pusieron en ello, se divulgó luego y Fernando Cortés, que fue luego de todo avisado, dio a Maxixcatzin las gracias, ofreciéndole que procuraría de sacarle verdadero, en cuanto por él había prometido a la república.

CAPÍTULO LXXVI. *Cómo Cortés, después que volvió de Mexico a Tlaxcalla, apercibe guerra contra la provincia de Tepeaca; matan los tepeacas muchos castellanos; escribe Cortés lo hecho hasta este tiempo y vence a los de Tepeaca*

ICOTENCATL, CREYENDO QUE LO que había pasado en la señoría llegaría a noticia de Fernando Cortés, le habló y dijo que por infinitas vías había procurado de ganar honra con él; pero que ya que los dioses le habían hecho invencible, le suplicaba le tuviese en su gracia y le ofrecía su persona y que hiciese experiencia de ello en hacer la guerra a los de Tepeacac, Acatzinco y Quechula, pues que le habían ofendido, contraviniendo la amistad que con él habían hecho y a la fe dada, pasándose a los culhuas y matando a los castellanos que pasaban por su tierra; aliende de que para hacer la guerra de Mexico, que había pensado, convenía dividir primero sus confederados y comenzar por Tepeacac; abrazóle Cortés, agradeciéndole su voluntad; ofrecióle de trabajar de tal manera en servicio de la república, que presto se viese vengada de sus enemigos. Eran ya pasados cincuenta días que Fernando Cortés había entrado en Tlaxcalla, después de la retirada de Mexico, y cada día le solicitaba Xicotencatl, diciendo que tenía apercibida la gente para cuando la quisiese; y aunque Fernando Cortés tenía más necesidad de curarse que de entrar en nuevos trabajos tan presto, por no perder tal ocasión, sabido que los tepanecas y las guarniciones mexicanas, que estaban con ellos, habían tomado todos los pasos de la mar, envió mensajeros a Tepeacac y a los otros pueblos, rogándoles que se apartasen del amistad de los mexicanos y tomasen la de los tlaxcaltecas y los perdonaría la ofensa que le habían hecho, con haber faltado a la fe que le tenían dada, de ser su amigo, cuando pasó por Tlaxcalla. Poco caso hicieron del ofrecimiento de Cortés, antes burlándose dél, se resolvieron en no apartarse de los mexicanos; dio de ello cuenta a la señoría de Tlaxcalla y como esta nación era enemiga de los tepanecas y naturalmente inclinada a la guerra y deseaba contentar a Cortés, que de su parte tenía a todos los principales, porque los sabía regalar y honrar y desde Mexico los envió muchos presentes de las cosas que ellos más estimaban, juzgando también que de esta guerra había de resultar mucha grandeza a su dominio, le ofrecieron ayudarle con cincuenta mil soldados.

Fernando Cortés, viendo que las cosas se iban disponiendo a su gusto y que no sólo era justo, pero necesario, castigar con fuerza la violencia hecha de los tepanecas que se aparejaban para hacerla, entendió en aper-